

DISCURSOS Y POESIAS

PRONUNCIADOS

EN LAS LEONTOLOGIAS CIVICAS



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

En el Centro de la Ciudad



QUERETARO:
Imp. del Comercio

LOGOTIPOS NUM. 107

1878

DISCURSO CIVICO pronunciado en el Teatro Iturbide, la noche del 15 de Setiembre de 1878, por el C. José Maria Rivera.

¿Qué es el pueblo?—Nada,
¿Qué debe ser?—Todo.
El ABATE SIEYER.

¡CONCIUDADANOS!

Hace apenas dos años, en la parte inferior del pórtico del edificio destinado al antiguo Egipto para la *Exposicion Internaccional de Filadelfia*, se leia la siguiente inscripcion en gruesos caracteres: —“El pueblo mas viejo del mundo se halla aquí, para felicitarse al más joven de los pueblos.”

De igual manera yo, conciudadanos, yo, el mas viejo y humilde de los amantes de las bellas letras, me encuentro aquí tambien, para felicitar en su aniversario á nuestra joven patria, y admirar á nuestros literatos jóvenes, que en este mismo sitio que ahora ocupo, van en breve á rendirle su homenaje.

Y ya que un nombramiento inmerecido me ha elevado á esta tribuna, en ella voy á leeros los pensamientos é impresiones que brotan de la mente y van al corazon, en esta noche hermosa, principio de las glorias de la patria.

Tierno es, á la verdad, el objeto de mi arenga, y simpático será para vosotros, puesto que se trata de la madre comun á todo mexicano.

Por eso al presentarle hoy en su dia, mi pobre ramillete con mi alocucion ingrata, no he arrancado á la poesia ni á la retorica

sus bellísimas flores para hacerlo. Pero en cambio pedí á mi corazón de hijo amoroso las flores del amor en él nacidas; quizá brillantes para el limpio rocío de mi tierra; y acaso perfumadas con la pura esencia de mi afecto santo.

Por eso al hablar ahora de mi patria y su libertador heroico, espero me acompañará vuestra atención, siempre para mí benévola, unida á la bondad con que siempre tambien me habeis sostenido en la tribuna, á la cual he subido no para enseñaros, no para dirijiros; sino para platicar media hora con vosotros, recordando las glorias nacionales de otros tiempos.

Esta consideracion me alienta, y bajo de su amparo voy á comenzar.

—Cerca de catorce lustros hace que el anciano cura del pueblo de Dolores, cuyo nombre ha repetido un millon de veces la trompa de la fama, alzó su débil voz, proclamando la independencia de nuestro fértil y rico territorio.

El eco de esa voz que llamé débil, porque era en realidad la voz de un pobre viejo, resonó terrible é instantánea en la nacion entera, y pasando los mares, fué á estremecer los troncos de la Europa, especialmente el de la España.

Despues, por doce lustros, ese hecho esclarecido, impercedero, se ha visto tambien un millon de veces ensalzado, por las generaciones de un pueblo, á quien con la libertad se dió la vida.

Si esto es así, ¿qué será, pues, conciudadanos, lo que tenga ahora de nuevo que decirnos? ¿Qué valor podreis dar á mi alabanza deslucida? ¿Qué luz aumentará mi voz desapacible á la aureola brillante que circunda la sien del inmortal Hidalgo?

Yo no puedo siquiera sazonar mi arenga trayendo á colacion las tres centurias; renegando á la vez del yugo ibero; y maldiciendo á muertos y á vencidos, pimienta y sal para el sazon de los discursos cívicos, salvo muy nobles excepciones.

No; yo no puedo lanzarme en esa senda. Ultrajar al muerto y

al vencido, es para mí mas villanía, que escarnecer al niño y al anciano.

Mi voz, por tanto, no lanzará anatemas, fulminados ya por la severidad terrible de la historia. Dejaré en paz á los muertos, que duerman tranquilos en sus tumbas, donde no causan el daño que los vivos en la tierra. En cambio, los vivos serán los que tengan un buen lugar en esta arenga.

Però como el pueblo es el conjunto de los vivos, hablaré un algo de ese pueblo redimido por Hidalgo; pueblo que, según el abate Sieyes, no es NADA, cuando debia ser TODO. Así lo dice el epigrafe que á mi alocucion he puesto.

Mas antes procurará mi voz inculta dar á conocer en pocas frases el don precioso que nos hizo Hidalgo, al arrancarnos de una servidumbre extraña.

—Dios en su bondad crió al hombre, y le dió por habitación un huerto delicioso. Hizo más todavía; despues de haberle dado vida le dió una compañera, la mujer; criatura incomparable que de entonces acá viene siendo el consuelo del hombre, el rocío de su felicidad, la dicha de su hogar, la madre de sus hijos.

Le hizo dueño en seguida de tierra y mares, con cuanto en ellos se atesora. Dióle, en fin, el dominio de la naturaleza entera, y sobre todo este conjunto valoroso dióle otro tesoro inestimable, sin igual, pues le dió la inteligencia, el juicio, el raciocinio.

Tal cúmulo de dones, solo podia ser la esplendente ofrenda de un Dios, tributada á su criatura predilecta.

Y sin embargo, conciudadanos, cuando Dios presenta al hombre, por decirlo así, las razones y títulos por los cuales está obligado á amarle y á obedecer su ley, no hace mérito para ello de haber convertido en dulces las amargas aguas de Mara, para mitigar su sed.

Ni de haber poblado una parte del desierto de millares de avocillas para saciar mas bien que su hambre, su apetito.

Ni de haber mandado la lluvia del maná milagroso para alimentarle.

Ni ménos aún de haberle dado vida; ni la tierna compañera; ni el dominio del mundo; ni haber llevado su bondad hasta formarle á imagen y semejanza de su mismo Dios.....!

¡No!.....ninguno de esos dones le recuerda, á fin de estimular el amor y la obediencia de su pueblo.

¿Qué es, pues, entonces lo que invoca? ¿Con qué recuerdo excita la gratitud de la criatura?

—¿Con cuál.....? Hélo aquí.....! Con el más sencillo al parecer: con una sola frase, que recuerda un hecho solo; con la memoria de un don que debe ser cuantioso, inmenso, inapreciable, supuesto que le sirve de auxiliar á la omnipotente magestad de todo un Dios.....!

Hélo aquí..... Escuchad, y convendreis en que mi aseveracion no es una vana hipérbole.....

—El Dios de Israel, al darle á conocer al pueblo su divina ley, encerrada en los diez preceptos del Decálogo, hizo prececer á esta de un brevisimo prólogo, en el cual presenta al hombre las razones y títulos por los cuales va á imponerle una ley que él debe obedecer. Ese hecho, ese recuerdo, ese prólogo está encerrado en estas brevísimas palabras:

“YO SOY EL SEÑOR TU DIOS QUE TE HA SACADO DE LA SERVIDUMBRE DE EGIPTO.....!”

Es decir, conciudadanos: Yo soy á quien debes amar y obedecer, porque te he dado uno de los mayores bienes; te he hecho uno de los mas grandes beneficios..... Te he sacado de la esclavitud;..... de la servidumbre de Egipto.....! Te he dado la libertad.....—¡Ya no eres esclavo!—He destruido tus cadenas..... —¡Ya eres hombre libre.....!!!

Ese beneficio fué de tanta magnitud, que una vez hecho, era además preciso no quedara sepultado en el olvido.

Por eso el mismo Dios mandó á los hijos de Israel observaran y guardaran en sus generaciones, el aniversario de la noche en que les hizo libres; aniversario que ha llegado hasta nosotros, con el nombre de la *Pascua*.....

¡Beneficio inmenso! que alegra á Jethró al saber la libertad del pueblo, por lo cual exclama conmovido:—“Ahora sí conozco que el Señor es grande sobre todos los Dioses.....!”

—Nosotros tambien, conciudadanos, despues de bendecir la bondad del divino Libertador de Israel, debemos exclamar que Hidalgo es grande sobre todos los Héroes, porque nos hizo un don de los mas grandes, al hacernos libres.....

Y ahora..... perdonad la comparacion acaso impia, entre la magestad de un Dios y la humildad de una criatura suya.....

Empero quise demostrar la magnitud del beneficio inmenso que nos hizo Hidalgo, quizá con riesgo de bastardear mi intento.

Mas dicho está, y lo habeis oido. El noble cura de Dolores nos hizo el mas grande de los bienes al hacernos libres; al sacarnos de la servidumbre de la España.....!

Es que Hidalgo amaba á ese pueblo que, segun el abate Sieyes, debe ser TODO, y que Hidalgo veia con dolor que no era NADA.

Por eso con la fé del mártir y la abnegacion del héroe; por hacer feliz al pueblo mexicano; por alcanzar que fuese el TODO y dejase de ser NADA; por eso afrontó una empresa, digna hoy de la epopeya; pero en aquellos tiempos digna para unos de la burla y del desprecio; para otros del anatema y del cadalso.....!

El sentir de estos últimos se vió al fin realizado por el verdugo.....! El destino del gran héroe se cumplió, y su sangre derramada en el patíbulo, dió su primer color al pabellon hermoso del pueblo mexicano.....! Porque su obra quedó al cabo terminada, y el pueblo se vió libre, independiente.....!

Estaban, pues, galardonados por el éxito dos de los deseos de Hidalgo. Faltaba el tercero: la dicha de ese pueblo, fruto de la independencia y libertad de que era dueño.

Hasta aquí, conciudadanos, la palabra ha podido correr sin titubear, y la frente conservarse sin rubor.

Hasta aquí ha venido la idea meciéndose risueña, á impulsos del heroico aliento de los himnos de triunfo y cánticos de gloria.

Mas se ha llegado á un término en que la idea se abate, la victoria se enluta; los cánticos se extinguen.

Se ha llegado á un punto en que la imaginacion me representa al gran Hidalgo, apartando el sudario que le envuelve, y la losa del sepulcro que le cubre.

Le veo que avanza fuera de la tumba el busto venerable acbillado por las balas homicidas. Le veo tender la vista en derredor, ávido de contemplar la dicha de su pueblo; de su pueblo á quien le dio la libertad, para que fuese TODO quien sacó de la servidumbre, para que dejase de ser NADA.

Le veo que busca, y casi busca con imperio, porque para él le autorizan las diez sangrientas heridas que tienen su pecho de cartela.

Le veo que busca, pero le veo que busca en vano. La mirada espíndente donde brillaron unidos el valor, el genio, el patriotismo, se anula de improviso, y de nuevo se abisma en las tinieblas de la noche eterna.

Que vio aquella mirada, que llena de fe y de esperanza en otro tiempo osó atravesar el porvenir de muchos siglos?

Helo aquí, conciudadanos, por mas que el acento de la verdad sea amargo.

Sesenta años de guerra fratricida, en que el hermano ha pechado dia á dia contra el hermano!

Sesenta años de desolacion, de muerte, de esterminio.

El territorio nacional, herencia digna de cien reyes, menoscabado en su tercera parte.

La miseria enseñoreada... ¡aquí en la tierra del oro y de la plata!

Nuestras minas riquísimas, suficientes para saciar la codicia de todos los monarcas del mundo, derramando sus tesoros sobre Europa, en un rio de plata inagotable... en tanto que en Chihuahua están muriendo de hambre diariamente de quince á veinte mexicanos.

La bancarrota amenazando de continuo al tesoro público.

La industria nacional, naciente apenas, agobiada bajo el peso de la introduccion extranjera y de la huelga.

El contrabando y el impuesto escesivo hiriendo casi de muerte al comercio y á la industria.

El robo, y la prostitucion, y el plagio, y el suicidio, desconocidos casi en otro tiempo, presentando hoy guarismos aterradores.

Una parte del pueblo sin trabajo; y todo él sin fé, sin esperanzas y sin creencias aun para los actos mas supremos de la democracia.

¡Y, todavía mas!... por final de tan terrible cuadro, la grande, la heroica, la poderosa patria de Guatimoc y de Hidalgo, asethada siempre, amagada siempre, codiciada siempre por el ojo fijo, rapaz, siniestro, del águila del Norte.

Triste es á la verdad, conciudadanos, la anterior pintura que parece extemporánea en un dia de regocijo... cuando dije que iba á recordar con vosotros las glorias de otros tiempos... Tal era mi intencion; mas es forzoso desgarrar las ilusiones, para ver la realidad sin el ropage de ellas, que la cubre y la disfraza.

La conciencia me dice, que el mejor homenaje presentado á nuestros héroes, seria el de honrar su recuerdo con virtudes cívicas, y aprovechar los dones que nos dieron. Esto seria mas grato á su memoria, que la ovacion de músicas y luces, de discursos y repiques, ajustados á la etiqueta de un programa.

Añade la conciencia que es un deber señalar con rigidez nuestros desaciertos, y mirar frente á frente nuestros males, para no obedecerlos. Así podremos corregir los unos, conjutar los otros.

Así podremos tener siempre á la vista la siguiente sentencia, que encierra una verdad terrible, aterradora. Escuchadla os ruego. En un país, por grande y fuerte que sea, no pueden prolongarse indefinidamente las discordias civiles. Debe, pues, haber un "gía de los hombres de bien, imponer silencio á los denegadores." lo contrario, la dominación extranjera nos impondrá "sobre todos."

Decidme ahora con franqueza si hay exageración en el bosquejo general del cuadro que he trazado.

Si no la hay, permitid que después en particular al pueblo, que debiendo encontrarse en el lienzo como un TODO, apenas es allí una sombra de la NADA.

Acaso al hacerlo voy á presentaros un antitesis terrible, pero cierta; una contraposición amarga, pero verdadera por desgracia.

Esto cuadra á mi deseo, porque anhelo ver consumada la obra del inmortal Hidalgo, obra que en este instante en toda la nación se conmemora.

Veamos en seguida si los hechos de ese pueblo le merecen el TODO que Sienes le aplica.

Tú fuiste, ¡oh pueblo! quien en 1810 siguió el pabellón de Hidalgo, fija la vista en la imagen santa de María, en su tela impresa, y la mente en las palabras del caudillo anciano que te ofrecía las libertades patrias.

Tú eres, ¡oh pueblo! quien sepultado en las entrañas de la tierra, de ellas arrancas el oro y la plata codiciables.

Tú eres, ¡oh pueblo! quien empuña el arado, y al lento paso de los bueyes, abrasado por el sol ardiente, labras la tierra, haciendo brotar de ella las doradas mieses.

Tú, pueblo, eres el mismo cuyas manos levantan piedra á piedra, el templo, el teatro, el circo y el palenque; el tugurio humilde y el alcázar régio.

Tú, ¡oh pueblo! eres el mismo que fabrica el vestido y calzado para el pobre, á la vez que la púrpura y coturno del monarca.

Tú, quien ha regado de sangre el árbol de la libertad en mil combates. Tú, quien ha humillado al extranjero que intentó reconquistarnos. Tú, en fin, quien ha hecho flamear siempre con honor, ese pabellón hermoso que tienes frente á tí, emblema santo de la madre patria.

Hé aquí en compendio, una parte de tus hechos. El conocimiento de ellos nos hace conocer también la verdad de las palabras de Sienes. El pueblo debe ser TODO.

Veamos ahora si son también una verdad las demás palabras del mismo abate republicano, que espresan con dolor que el pueblo es NADA.

Mas antes decir debo que mi voz no provoca odios; ni halaga pasiones; ni mucho menos afienta los delirios vanos, la pretensión anti-social de riqueza y bien estar, sin que sean alcanzados por el trabajo; la economía y las virtudes cívicas, deberes indispensables á todo ciudadano honrado.

El pueblo es el conjunto de los ciudadanos todos. Yo me dirijo á una parte de ellos.

Hecha esta explicación, pasemos á examinar los hechos, á la luz recta e imparcial de la conciencia.

Una parte de ese pueblo que acabo de pintar arrancando á las entrañas de la tierra sus riquezas, casi no ha tenido en su vida una moneda de oro.

Si le presentais alguna, apenas sabrá valorizarla y distinguirla.

Una parte de ese pueblo cuyos brazos obligan á los campos á rendir opimos frutos, apenas tiene lo preciso para no perecer de hambre con sus hijos.

aquí, en México, en esta privilegiada region, á quien ha llamado Victor Hugo "el granero de la humanidad".

Una parte de ese pueblo que cuida de la oveja, cuya lana es, quila y teje y abatana; apenas puede cubrir su desnudez, y su traje casi iguala en ligereza á las hojas de higuera de nuestros primeros padres.!

Una parte de ese pueblo constructor del calzado, imprime descalzo la sangrienta huella, en la senda de la vida, sembrada para él de espinas.!

Una parte de ese pueblo que levanta los palacios, habita en tugurios nauseabundos, y á veces no tiene por albergue ni el tonel de Diógenes.!

Una parte de ese pueblo que construye el teatro espléndido, y lo decora, y lo habilita, rara vez penetra en su recinto, porque para él representa el boletero, al ángel armado que guarda la entrada del paraíso.

Una parte de ese pueblo, cuyo aliento en los combates afianza los derechos del hombre, ese pueblo tiene por único derecho el no hacer uso siquiera de aquellos que la ley les dá á los hombres libres.

Y ahora, compatriotas, acaso exclamareis con asombro: ¿Y que? quien así se expresa es un orador cívico, ó es un propagador del socialismo.? ¿Es un apóstol de la comuna, ó un agente de la huelga.? Es un propagandista de la expropiación y del petróleo, aplicado á los incendios, ó un recitador que proclama los errores disolventes de la sociedad y la familia.?

No, conciudadanos! vosotros, á quienes la fortuna ha privilegiado con sus dones; vosotros á quienes ha cabido en suerte gobernar los destinos de los pueblos: es que quiero y lo quiero con vehemencia, que haciendo más de lo que habeis hecho, seais tambien con el pueblo, de quien formais parte, ese TODO proclamado por Sieyes. Y si es una verdad que el pueblo debe ser *todo*, vosotros, si quereis, lo podreis todo, porque perteneceis al pueblo.

¿Cómo? preguntareis; quién podrá darnos un poder tan grande, poder que alcanza á completar la obra del ILUSTRE HIDALGO.?

Ese poder se encuentra en tres palabras: La *caridad*, el *trabajo*, la *economía*. La caridad para el impedido y el anciano insolventes; el trabajo para el hombre fuerte; la economía para todo trabajador, y para el artesano especialmente.

A él dirijo en particular ahora mi acento. A ese pueblo laborioso que tiene un hogar y una familia; que ama la virtud por instinto y la justicia por precepto; que ama á su patria, y está listo para defenderla en las negras horas de su tribulación, hasta marcar su afecto con el bautismo de su sangre.

A ese pueblo me dirijo, porque ese es el pueblo de Sieyes. Ese, y no la escoria de las ciudades, que vive en el vicio, en la ociosidad, en la miseria voluntaria, con tal de no trabajar en lo mas mínimo.

Ese es el pueblo para quien invoco el trabajo y la caridad, y á quien aconsejo la economía.

Sepa el artesano que es más costoso alimentar un vicio, que mantener una familia.

Sepa que aquel que *guarda el lunes*, pierde al año cincuenta y dos jornales, pérdida que en diez años equivale á un modesto capital, que aseguraría el porvenir de su esposa y de sus hijos. Sí, porque á esta pérdida se une lo que se derrocha en los días de holganza, que á veces viene á ser el jornal adquirido en la semana entera.

Sepa que el trabajo y la economía, le darán bienes positivos, en vez de los soñados que predica el socialismo en sus delirios.

Sepa que los predicadores de él, no le ofrecen al pueblo nada nuevo. Esas ideas de ruina las encontramos allá en la antigua Atenas, desde hace dos mil quinientos años. Pero en cambio hoy no encontramos en el mundo entero, el prudente Solon que pueda contentar á los autores de ellas.

¡Sepa, en fin, el pueblo, que en el mismo existe la mayor parte del poder que debe levantarle á la altura que merece! ¡Sólo téntelo con decision y lo conseguirá si así lo quiere; pues á su noble intento irá unido el auxilio del capitalista y del gobierno; por que ese auxilio á todos les reportará provecho y honra.

Si el provecho es común. Quien levanta una fábrica, levanta un monumento para su gloria. Quien la mantiene en movimiento, mantiene á la vez millares de familias.

Quien cultiva un terreno, cosecha el pan para el trabajador su hermano, riqueza y satisfacciones para el amo.

Proyectar un camino, es procurar el curso de la paz, de la abundancia, de la riqueza. Es una nueva arteria para la vida del Estado.

Abrir cualquiera empresa útil y honesta, es abrir un manantial de bienes para el pobre, para el rico, para la sociedad entera.

Así se destruirán los delirios comunista y socialista, que pretenden con descaro la supresion de la propiedad, y la confiscacion del capital por el Estado. Así desaparecerá la huelga, ese enemigo capital del artesano. Enemigo tanto mas temible, cuanto que se le vende por amigo.

Así arrancaremos sus víctimas á la prostitucion y sus adeptos á la revolucion, al robo, al plagio.

Con el trabajo, en fin, se tiene acceso á la escuela; se adquiere el libro, se conquista la luz de la inteligencia y del espíritu.

Y con todo esto tendremos la verdadera república que es el gobierno de la justicia, el gobierno de la virtud, el gobierno cuyo bosquejo vea en las páginas santas del Evangelio!

Ahora, en cuanto á la caridad, conciudadanos, su ejercicio no es el patrimonio exclusivo de los ricos. La sola voluntad puede ejercerla.

¿Lo dudais? Un ejemplo de ello voy á presentaros; un ejemplo hermoso é irrecusable.

¡Ved, os ruego, á nuestras queretanas, movidas por ese fuego sacro, hijo del cielo. Vedlas tempuñando la alcancía, pequeña arca de la caridad pública, para dar sustento al que carece de él y abrigo y lecho al desvalido y al enfermo. Vedlas atrostrando la burla y el egoísmo del rudo y del avaro, que escarneceen las acciones nobles, haciendo de su escarnio un parapeto para defender hasta el miserable dñativo de un lechayo. Vedlas sobreponiéndose á todo, para mendigar de puerta en puerta el pan para el hambriento; el centavo para la escuela; el auxilio para la reparacion del templo donde se adora al Dios de los cristianos. Circunstancia notable! Allá, al irse á iniciar la independencia, la caridad y patriotismo de una muger, la Señora Josefa Ortiz, desde esta nuestra ciudad querida, salvo de una muerte cierta á Hidalgo, á Allende, Aldama y Abasolo, dando violento y oportuno aviso á estos caudillos, cuyos trabajos en pró de nuestra independencia estaban descubiertos.

Hace muchos años tambien que la caridad se ejerce en alta escala, alimentando diariamente en nuestra ciudad á centenares de infelices, merced al corazon magnánimo de otra muger, la Señora Vergara.

¡Hoy á esa caridad se une la de nuestras compasivas queretanas, ornato bello de la generacion presente.

¡Su caridad, es pues, su mas bello título de gloria! La caridad brilló tambien con luz purísima en el pecho de Hidalgo, quien la amaba doblemente. La amaba por bondad, y la amaba porque nunca olvidó las recomendaciones de los libros santos.

Su tiempo y su dinero, mas que á Hidalgo, le pertenecian á los pobres, empleándolos siempre en cuanto creia útil para sus feligreses.

La fabricacion de loza, el cultivo de la uva, la explotacion de la seda, el establecimiento de muchos talleres; así ponía en práctica el fomento del trabajo con el ejercicio santo de la caridad.

En una de sus primeras leyes abolió la esclavitud y el tributo, esas dos degradaciones de la raza humana.

Así Moyses, el Legislador divino, pregona la caridad siempre; y mandaba se pusiese en libertad al esclavo; y que se separase diezmo para que el forastero, el huérfano y la viuda comieran de él hasta saciarse.

Hé aquí por qué, conciudadanos, las célebres leyes de Solon y de Licurgo, llevan siglos de no ser obedecidas; en tanto que las leyes de Moyses se conservan con veneracion por el pueblo judío, después de tres mil años.

Hé aquí por qué admiramos casi en todos los códigos del mundo el carácter grandioso de universalidad de esas divinas leyes, que atesoran los principios necesarios á toda sociedad humana; principios infiltrados hoy en todos los pueblos de la tierra.

Y aquí, conciudadanos, acaso habrá vuelto á sorprenderos esta nueva faz de mi alocucion, cuyo conjunto va á pareceros mas bien un sermón que una oracion cívica. Tanto así he hablado de Dios y de la Biblia.

Y bien! Yo acepto la acusacion y no retrocedo ante el reproche; porque Dios para mí, sigue siendo siempre el Dios de las naciones; el Dios de la libertad de los pueblos; el Dios que sacó á Israel de la servidumbre de Egipto.

El Dios que con toda su grandeza, quiso nacer de una doncella pobre, y tener por padre á un carpintero.

El Dios que nos manda amar á nuestros enemigos; que aconseja la caridad y nos enseña veamos en cada hombre un hermano.

El Dios que sienta sobre sus rodillas á los niños, y promete á los pobres el reino de los cielos.

¡El Dios, por último, que muere en un patíbulo por salvar á su pueblo!

Por eso yo no puedo concebir la verdadera República, es decir, el gobierno de la virtud, de la justicia, sin la verdadera democra-

cia; y la verdadera democracia sin el Dios cuyos tiernos preceptos me enseñaron á amarlos desde niño.

Si, conciudadanos! Comprender la verdadera República, la verdadera democracia sin aquella ley divina, sería mayor absurdo que comprender el faro sin luz, la embarcacion sin brújula, el cronómetro sin péndulo.

Ahora, después de lo dicho, llamad si os place un sermón á mi discurso. ¡Llamadlo! Yo, en cambio, quedaré autorizado para pensar de quien tal diga, que no tiene idea siquiera de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad verdaderas, que constituyen el ser de las Repúblicas.

Mal, en efecto, hemos comprendido, y muy mal usó, en parte, hemos hecho del don precioso del inmortal Hidalgo. La memoria grata de este padre de nuestra patria, lisonjera para un pueblo reconocido y cuerdo, casi es un reproche para nuestros desaciertos; para nuestras luchas fratricidas sobre todo, que han inmólad mas vidas sobre su altar abominable, que las sacrificadas en las aras de nuestra independencia; que han consumido mas oro que el gastado en nuestra emancipacion social; que han cubierto de sangre los campos y ciudades, donde debían estar reinando la paz y la riqueza, lo supérfluo.

Que la sombra bendita del gran Padre de nuestra independencia, nunca pida cuenta de su conducta á los hijos ingratos que hi-

¡Que la pluralidad de esa culpa, de que fueron víctimas Scipión, Milciades, Temístocles, Aristides y tantos otros nombres célebres, sirva de excusa á nuestra ingrátitud, á nuestros yerros.

—Recuerdo, conciudadanos, que cuando el pueblo de Israel pe- có en el desierto contra su Dios, la saña del Señor quiso aniquilar á aquel pueblo de *cerviz dura*, segun El mismo le llamó en su enojo.